

EL OCIO Y SUS FUNCIONES A TRAVÉS DE LA HISTORIA

Profª. María Antonia Ribón

INTRODUCCIÓN

Para poder sobrevivir, el ser humano necesita cubrir unas necesidades básicas de comida, abrigo, higiene y descanso. Si hablamos de la supervivencia de un grupo humano en el tiempo, además, necesitamos tener descendencia y cuidar de ella hasta su autonomía. Por muy generosa que sea la naturaleza en algunos lugares del planeta, todas las sociedades necesitan que sus miembros dediquen parte de su tiempo a obtener los recursos necesarios para la supervivencia del grupo. A lo largo de la historia encontramos sociedades que han distribuido de forma más o menos equitativa esta carga entre todos sus miembros, y sociedades que han establecido que una parte de la población no tenga o no deba dedicarse a estos menesteres.

El ocio ocupa una parte de nuestro tiempo libre de trabajo, una vez que hemos cubierto nuestras necesidades físicas, y cumplidos nuestros deberes personales y sociales.

Excepto en la esclavitud más mísera y en las condiciones ambientales más desfavorables, disponemos de un tiempo libre, al margen del tiempo dedicado a garantizar nuestra supervivencia física. Una parte del tiempo libre de trabajo lo dedicamos a cumplir con deberes personales o sociales, tales como cuidar a personas que nos rodean, practicar rituales religiosos, acudir a reuniones comunitarias o pagar tributos. Una vez libres de trabajo, deberes y obligaciones podemos empezar a hablar de ocio.

Es inevitable hacer referencia al trabajo para explicar el ocio. Normalmente, y como veremos a continuación, trabajo y ocio se presentan como una dicotomía. Para GIL CALVO (1995: 26 y 27), sin embargo, tal dicotomía es un estereotipo y una falacia. Detengámonos en una definición muy utilizada de trabajo. Por trabajo entendemos “aquella actividad esforzada que consume recursos escasos, obedece a un proceso reglado, persigue metas y obtiene alguna clase de resultado, contribuyendo a transformar la realidad en mayor o menor grado”. Las características aquí definidas son igualmente aplicables a actividades de ocio como

las fiestas, el arte, el deporte y el voluntariado. Así pues, según este autor, trabajo y ocio no son, sino modalidades distintas de la misma actividad humana.

¿Qué característica distingue a una actividad para ser categorizada como trabajo o serlo como ocio? Gil Calvo nos responde (1995: 28):

Podemos convenir en llamar trabajo a toda actividad humana instrumental o interesada: bien sea que se realice como consecuencia de un estado de necesidad o bien como medio de búsqueda de alguna retribución diferida en el tiempo (salario, soborno, premio), siempre y cuando esta recompensa sea independiente o distinta de la propia actividad realizada. En cambio, podemos llamar ocio a toda actividad humana expresiva¹ o desinteresada que no obedezca a ningún estado de necesidad y que no espere ninguna recompensa diferida en el tiempo, acometiéndose tan sólo por la propia satisfacción personal que se deriva del hecho de estar participando *hic et nunc*² en el acto de su realización.

Así, las actividades de ocio, para distinguirse del trabajo instrumental, deben exhibir dos condiciones necesarias y suficientes. Primero, deben ser actividades voluntarias: es decir, libremente elegidas y no impuestas por ningún estado de necesidad. Y segundo, deben ser actividades no lucrativas: o sea, no dependientes de ninguna clase de retribución diferida, pues su única recompensa inmediata sólo puede ser la participación misma. Si se dan esas dos características, tales actividades podrán considerarse de ocio por muy trabajosas y esforzadas que puedan llegar a resultar.

(...) No siempre resulta fácil distinguir entre trabajo y ocio, pues las fronteras entre ambas categorías resultan muy borrosas. Por supuesto, hay trabajos muy alienantes que sólo se realizan a la fuerza o por dinero: y estos nunca podrían considerarse con el ocio. En cambio, hay otros trabajos, como el que realizan los profesionales creativos, que tienen tanto de actividad ociosa como lucrativa: y en estos difícilmente se puede trazar la frontera entre el trabajo y el ocio.

No es la carencia de esfuerzo lo que distingue al ocio del trabajo sino el hecho de realizarse libremente y sin buscar otra recompensa más allá de la propia realización de la actividad.

¹ Expresiva: dicho de cualquier manifestación mímica, oral, escrita, musical o plástica que muestre con viveza los sentimientos de las personas que se manifiesta por aquellos medios.

² Locución latina que significa “aquí y ahora”.

1.- LA EVOLUCIÓN DIACRÓNICA DEL CONCEPTO OCIO³

1.1 GRECIA: EL ORIGEN DEL CONCEPTO

Para los antiguos griegos, el ocio era el objetivo de una vida feliz. Pero, sólo podían disfrutar de él, una clase de privilegiados. El ocio del que disfrutaban los privilegiados no consistía en malgastar el tiempo libre, sino en dedicarse a actividades intelectuales enriquecedoras del espíritu⁴. En la Grecia clásica el ocio se identifica con la contemplación, entendiendo por contemplar: mirar el mundo y lo que nos rodea y disfrutar de su belleza sin pretender imponerle nada (RULÁN, 1997: 174).

El supuesto sociológico que hizo posible la vida del ocio del griego fue la esclavitud, circunstancia muy a tener en cuenta a la hora de criticar la sociedad de masas, tan alejada de ese ocio del hombre griego. Establecer una clase de individuos liberados del trabajo, para que se puedan dedicar a la contemplación ociosa, puede ser muy deseable para dicha clase, pero no es fácil que los obligados a trabajar estén tan satisfechos, por muchas ventajas para la sociedad que les sean prometidas (GONZÁLEZ SEARA, 1968).

El pensamiento de Aristóteles nos da las claves de esta situación. Aristóteles reconoce que tanto trabajo como ocio son necesarios, pero el segundo es preferible al primero, pues es la base del placer, la felicidad y la vida dichosa. Estima que no pueden disfrutar del ocio los que están todo el día trabajando, especialmente no está al alcance de aquellos que se dedican “a un trabajo, oficio o aprendizaje embrutecedor que deja incapacitado el cuerpo, el alma y la inteligencia de los hombres libres para dedicarse a la práctica y ejercicio de la virtud”.

El filósofo sugiere tres posibilidades en la disyuntiva trabajo y ocio que nos explica RUL-LÁN BUADES (1997: 175 y 176).

La primera solución sería combinar el ocio y el negocio. Pero Aristóteles no lo ve posible, pues según él, aquellos trabajadores que se ven obligados a una faena absorbente y dura, como es la necesaria para subsistir por sus propios medios, quedan marginados de esta auténtica realización humana, al embrutecerse en su típica *banausia*⁵. E igualmente quedan al margen los

³ Para explicar la evolución del concepto de ocio hay que referirse irremediabilmente al concepto de trabajo. Por eso, este apartado se considera complementario del tema 1: “La diversidad de significados del concepto de trabajo”.

⁴ Es interesante ver que la palabra griega para el ocio es la misma que nosotros usamos hoy en español para escuela. En griego, *sjolé* significa ocio pero también paz, tranquilidad, estudio, escuela. Frente al ocio está el negocio, *asjolia* o *a-scholé*, la negación del ocio: el trabajo, la ocupación.

⁵ Palabra que se usaba despreciativamente para referirse al trabajo manual y mecánico.

artesanos y los comerciantes, que se ocupan constantemente de sus negocios y su dinero, faltos de libertad de espíritu para disfrutar del ocio.

La segunda solución que propone Aristóteles y que en su tiempo, hace más de dos mil años parecía absurda, es que el trabajo lo hagan las máquinas y el hombre se dé al ocio. “Pues si cada uno de los instrumentos pudiera realizar por sí mismo su trabajo –escribe en la *Política*- cuando recibieran órdenes de tal modo que la lanzaderas tejieran por sí solas y los plectros⁶ tocaran la cítara, para nada necesitarían ni los maestros a sus sirvientes ni los amos a sus esclavos” y todos se podría dedicar al ocio.

Pero como ninguna de estas dos soluciones parecen posibles, Aristóteles se ve forzado a aceptar la tercera: que haya unos hombres que se dediquen a trabajar y otros que se dediquen al ocio. De ahí su defensa de la esclavitud, defensa que hoy nos escandaliza, olvidándonos de que todavía hoy hay muchos hombres de tal manera dedicados al trabajo que tienen muy poco tiempo para el ocio, mientras que hay unos pocos que sin trabajar disfrutan del mismo.

De los autores griegos también cabe destacar a EPICURO de Samos (341 a.C – 271 a.C). Epicuro abogaba por una vida de continuo placer como clave para la felicidad, entendiendo la presencia del placer como sinónimo de ausencia de dolor, o de cualquier tipo de aflicción: el hambre, la tensión sexual, el aburrimiento, etc. (Anderson).

Según Epicuro, los placeres *naturales y necesarios* (necesidades físicas básicas como la alimentación, el abrigo y el sentido de la seguridad) deberíamos satisfacerlos de la manera más económica posible. Cubrir los placeres naturales y necesarios eficientemente nos proporciona más libertad y nos deja más recursos para explorar la gran variedad de deseos *naturales e innecesarios* (los de naturaleza recreativa como las artes, deportes, viajes, gratificación sexual, conversación placentera...). En cuanto a la tercera categoría de placeres, los *no naturales e innecesarios* (el poder, la fama, la riqueza extraordinaria y otras ambiciones) deberíamos evitarlos por completo. De ahí la máxima epicureana que dice “vive en el anonimato”. “Cuando un epicúreo contempla el placer lo hace ponderando cómo lograr que éste se maximice. Puede abstenerse de ciertos placeres, pero actúa así para ganar aún más placer en el futuro, de manera alguna para desechar el placer en sí mismo. En el antiguo mundo del Mediterráneo, la filosofía epicúrea ganó un sinnúmero de adherentes” (Anderson, s.d.: 2).

1.2 ROMA: EL TRÁNSITO DEL OCIO AL NEGOCIO

Si el concepto de ocio en Grecia se puede estudiar a través de los escritos de Aristóteles y Epicuro, -también de Platón aunque aquí no nos hayamos entretenidos con él-, en Roma es posible hacerlo a través de los escritos de SÉNECA (4 a.C. -65 d.C.). El ocio, entiende el filósofo cordobés, es necesario para que alguien pueda entregarse desde su infancia a la contemplación de la verdad, buscar la razón de vivir y practicarla aislado. La explicación que da Séneca de la

⁶ Púa para tocar instrumentos de cuerda.

utilidad de la “contemplación” resulta, dos mil años después de absoluta actualidad: En general, somos como borregos siguiendo lo que dicen los otros y haciendo lo que hacen los otros; “pues estamos pendientes por entero de las opiniones ajenas y nos parece excelente lo que cuenta con muchos seguidores y ensalzadores, no lo que es digno de ensalzar y seguir, y no valoramos la bondad o maldad del camino por sí mismos, sino por la multitud de huellas que vemos” (Rul-lán, 1997: 176). “Sólo con el ocio seremos capaces de elegir un modelo digno al que encaminar la vida –dice Séneca-, sólo en el ocio puedes avanzar en la vida según pautas uniformes y coherentes (...)”. Ahora bien, aunque el filósofo vea el ocio como algo sublime, considera que la contemplación ha de ir acompañada de la acción. Es decir, también se está destinado a hacer cosas útiles.

Estas filosofías del ocio contrastan enormemente con la vida cotidiana de los romanos, principalmente la de los grupos más adinerados. Los baños, la comida, la bebida, los juegos y el sexo eran placeres para ser disfrutados, en algunas épocas del Imperio, de manera amoral.

1.3 CRISTIANISMO: REVALORIZANDO EL TRABAJO

Para explicar este apartado nos servimos del escrito del profesor Gaspar Rul-lan (1997: 178 – 180):

La llegada del cristianismo supuso una revolución en los conceptos de contemplación y trabajo dando un paso hacia la valorización de la acción (del negocio) en detrimento, a largo plazo, de la contemplación (del ocio). Para el cristiano, la contemplación deja de ser un bien en sí mismo para convertirse en un mero instrumento para alcanzar a Dios. Lo importante ya no es la contemplación en sí, sino el objeto de la contemplación: Dios. (...) El trabajo vuelve a tomar un doble sentido: un sentido positivo como participación en la actividad creadora de Dios, y un sentido negativo ascético en cuanto que el trabajo, como actividad desagradable y dura, redime de los pecados: con estas ideas el trabajo empieza a tener un valor en sí mismo. La actividad es tan importante como la contemplación, el ocio y el negocio empiezan a equipararse.

SAN PABLO será el inspirador de una ética de vida cristiana: después de amonestar a sus seguidores de que se aparten del que vive ocioso⁷ se vanagloria de que no es una carga a las primitivas comunidades cristianas⁸ y termina su exhortación al trabajo con su famoso «el que no trabaja que no coma».

El siglo IV vio la aparición de la vida monástica y ello exigía, irremediablemente, cierta organización: además de darse a la contemplación los monjes han de trabajar el huerto para poder cubrir sus necesidades. En el siglo VI San Benito inicia una profunda reforma del monacato en Occidente, estableciendo

⁷ «Alejaos de todo hermano que viva ociosamente, en contra de las enseñanzas que habéis recibido de nosotros» (II Tesalonicenses, 3:7).

⁸ «No comimos ociosamente entre vosotros, ni comimos gratis el pan de nadie, sino que, con sudor y fatiga, trabajábamos noche y día para no resultar gravosos a ninguno de vosotros» (ibid.)

una Regla que permanece como lema: «Ora et labora» ('Reza y trabaja'). Lo que se traduce en: dedícate al ocio de la oración y al negocio del trabajo. La contemplación, no obstante, seguía siendo lo más importante, sólo para descansar de la oración se trabajaba. Además, y viendo en ello cierta inspiración aristotélica, en los monasterios también se sintió la necesidad de crear una clase de monjes que se dedicase casi exclusivamente a los trabajos manuales (al negocio), liberando de esta manera a los otros monjes para que se dedicasen a la contemplación (al ocio) y a los trabajos más intelectuales.

En definitiva, en la Edad Media el trabajo ya es aceptado pero todavía en un lugar secundario y subordinado. La exaltación del trabajo por encima de la contemplación vendrá con el Renacimiento y la reforma protestante.

En el Renacimiento, un nuevo sentimiento aparece: la grandeza del hombre, su divinidad, no está tanto en su capacidad de contemplación, como en su capacidad para describir las causas de lo que ve y su habilidad para someterlo doblegándolo a su voluntad. Ya no se contempla la naturaleza, sino que se la mira se la examina para poderla dominar con el trabajo. El hombre con sus manos y herramientas deja atrás al animal y se acerca a su más alto espíritu. El trabajador manual y ano es despreciado sino que es considerado un artista: un artesano.

1.4 EL PROTESTANTISMO: LA EXALTACIÓN DEL TRABAJO SOBRE EL OCIO

El ideal contemplativo de los monasterios fue atacado por la Reforma. El protestantismo dio u impulso tremendo a la exaltación del trabajo sobre la vida contemplativa, el negocio sobre el ocio.

Según Max WEBER, en su conocido libro La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo, la idea de la predestinación fue un elemento esencial para la máxima valoración del trabajo. "El ejercicio de una determinada profesión concreta –escribe Weber- constituye como un mandamiento que Dios dirige a cada uno, obligándole a permanecer en la situación estado en que lo ha colocado Dios, en su divina providencia, una vez para siempre, y contener dentro de estos límites todas sus aspiraciones y esfuerzos en este mundo" (1979: 88 y 89).

Para CALVINO, el número de los elegidos para salvarse ya estaba determinado desde la eternidad, por tanto, la gran preocupación, la gran angustia del cristiano era saber si él se contaba entre los elegidos. El cristiano necesitaba tener una prueba tangible de haber sido elegido por Dios. Y esta prueba la encontró en el éxito en el ejercicio de su profesión. El éxito en los negocios se convirtió en signo seguro de predestinación. Dios bendice a los suyos dándoles éxito en su trabajo. Por tanto, cuanto más trabajabas más rico te hacías, y cuanto más rico te hacías más clara era la señal de que Dios te amaba y te había elegido.

Mientras el católico, pensando en el más allá, veía este mundo como una posada incómoda, como decía santa Teresa, un mero tránsito para llegar al

cielo, y, por tanto, utilizaba este mundo, bien a través de la contemplación para descubrir a Dios, bien a través del trabajo para purgar sus pecados, los calvinistas veían ya en este mundo la realización de la predestinación divina a través del trabajo. Con el calvinismo se dio la vuelta completa y lo que antes era casi despreciado, el negocio, se convirtió en el máximo valor moral, mientras que lo que era exaltado antiguamente, el ocio, se convirtió en el gran pecado.

(...) El tiempo es infinitamente valioso, puesto que toda hora perdida es una hora que se roba al trabajo, que es lo único que da gloria a Dios. (...) El trabajo duro y continuado es el mejor remedio contra todas las tentaciones. (...) El deporte y otras actividades recreativas, el ocio en general, era aceptado sólo y exclusivamente si servían para reponer las fuerzas para poder seguir trabajando, pero era de todo punto reprochable si se buscaba para el puro goce. Como dice Max Weber, esta filosofía mataba todo posible goce vital y convertía al hombre en una máquina de hacer dinero a la mayor gloria de Dios. Dinero que no podía utilizarse para nada que no fuese cubrir las necesidades básicas del hombre y el resto invertirlo para hacer más dinero.

1.5 LOS UTÓPICOS DEL OCIO

Es cierto que ya de siempre se oyeron voces contrarias a esta exaltación fanática del trabajo, pero los llamaron y les siguen llamando *utópicos*. En 1516, precisamente un año antes de que Lutero rompiera con Roma presentando sus 95 tesis, Tomás Moro publicaba el primer libro de su obra en la que describe un país llamado precisamente Utopía, en el que sus habitantes «dividen el día y la noche en veinticuatro horas justas, dedicando y asignando sólo seis horas al trabajo. Todo el tiempo libre de que disponen entre las horas de trabajo, sueño y comida, cada hombre es autorizado a distribuirlo como mejor guste [...] dedicando el tiempo bien y provechosamente en cualquier otro que hacer que les plazca y que tienden a la libertad y al cultivo de la inteligencia: dedicación a las letras, música, conversación y juegos instructivos» (Moro, 1985: 129).

Tomás Moro, con un verdadero sentido práctico, ni desprecia el ocio ni mistifica el negocio, sino que afirma que si todo el mundo trabajase bien, se necesitarían muy pocas horas de trabajo para satisfacer las necesidades del buen vivir de todos los ciudadanos, dejando también para todos mucho tiempo para el ocio. Considera que incluso seis horas pudiera ser excesivo para la provisión y abundancia de todas las cosas que se requieren. Por supuesto, para que esto sea así, tienen que trabajar: las mujeres, los ricos, especialmente todos los latifundistas y nobles, sus criados, los mendigos...

Y esta misma idea de que si todos trabajásemos un poco no sería necesario para cada uno trabajar más de unas pocas horas diarias, la repetirá cuatro siglos más tarde el anarquista Buonarrotti al proponer tres horas diarias de trabajo como objetivo a lograr cuando se instaure «La dictadura de los iguales», que acabaría con la ociosidad permanente de unos pocos a costa del trabajo de unos muchos (Rul-lan, 1997: 182 y 183).

1.6 LA INDUSTRIALIZACIÓN: TIRANÍA DEL TRABAJO Y DERECHO A LA PEREZA

Con la Revolución Industrial, los trabajadores abandonan los campos y talleres y se incorporan a fábricas en las ciudades. Si antes la naturaleza proponía una alternancia entre trabajo y descanso, ahora, la técnica permitirá la extensión de las horas de trabajo. Y estas, efectivamente se dilatarán hasta dejar el mínimo tiempo necesario para que el trabajador reponga las fuerzas a fin de continuar al día siguiente. El ocio se considera improductivo, además de conducir al consumo que está en contra de la acumulación necesaria para el despegue económico del primer capitalismo.

Esta situación, sin embargo, no se mantendrá por mucho. La austeridad será abandonada por una parte pudiente de la población dando lugar a lo que VEBLEN denominó el consumo ostentoso y provocando las críticas por la doble moral mantenida por la burguesía que seguía ensalzando el valor del trabajo para los demás disfrutando del ocio para ella.

En medio de esta situación, el socialista Paul Lafargue, en su obra *La organización del trabajo*, reclamará como había hecho tres siglos antes Tomás Moro, la conversión de la abundante población improductiva en población útil, con lo que se reduciría substancialmente la jornada laboral teniendo así más tiempo todos para el ocio⁹. Pero será su posterior obra *El derecho a la pereza* la que lo haga famoso. Así dice en su libro:

Una extraña pasión invade a las clases obreras de los países en que reina la civilización capitalista (...) Esa pasión es el amor al trabajo, el furibundo frenesí del trabajo, llevado hasta el de las fuerzas vitales del individuo y de su progenitura (...) no habrían podido inventar un vicio más degradante para la inteligencia de los niños, más corruptor de sus instintos ni más destructor de su organismo que el trabajo en la atmósfera viciada del taller capitalista (...) Nuestro siglo es el siglo del trabajo, es decir, es el siglo del dolor, de la miseria y de la corrupción. (...) El fin de la Revolución es trabajar lo menos posible y disfrutar intelectual y físicamente lo más posible. Al día siguiente de la revolución habrá que empezar a pensar en divertirse” (p. 117, 123 y 124).

Lafargue es un provocador que “ha de entenderse en el contexto histórico de finales del siglo XIX cuando la clase trabajadora empezaba a trabajar a los cinco o seis años, (...) catorce horas diarias, siete días a la semana” (Rul-lan, 1997: 123).

1.7 EL OCIO EN LA ACTUALIDAD

Si en la época griega existe una contraposición entre trabajo y ocio, en la actualidad existe una complementariedad: al tiempo de trabajo le sigue un tiempo de ocio, a la semana laboral sigue el fin de semana, a meses de trabajo, el mes de vacaciones. El ocio en la actualidad tampoco es el ocio de una clase de

⁹ «Cuando toda esta clase de lacayos y de obreros de lujo se apliquen a un trabajo útil, no será nada difícil reducir la jornada de trabajo a seis horas» (Lafarge, 1988: 2)

privilegiados frente a una gran masa de esclavos: no existe una división social en la que sólo pocos pueden disfrutar del ocio todo el tiempo que deseen, mientras el resto está condenado al trabajo.

Pero si no estamos en Grecia, tampoco estamos en el mundo que vaticinaron los utópicos. “El hombre actual no disfruta de un ocio con tiempo libre al margen de todo tipo de trabajo, sino que necesita una profesión que legitime su situación social y que al mismo tiempo le permita disfrutar de un determinado tiempo de ocio” (Álvarez, 1994: 50).

El significado del ocio también ha variado enormemente: de considerarse una forma de desarrollo personal y cultural, se ha pasado a una forma de consumo con ribetes de liberación y en ciertos casos de formación cultural (Álvarez, 1994: 56). En el apartado sobre las funciones del ocio desarrollamos el significado del ocio en la actualidad.

2.- LAS CLASES DE OCIO

Existen múltiples tipologías del ocio según el criterio que seleccionemos: la edad, la implicación en la actividad, la compañía en la que se realice, el ámbito en el que se lleva a cabo,... Incluso, con un mismo criterio es posible encontrar ciertas diferencias según autores. Aquí resumiremos brevemente algunas de ellas.

Atendiendo al **grado de implicación** que requiera, una actividad puede ser categorizada como activa o pasiva. Aunque el sujeto ocioso siempre participe de una actividad esta puede requerir un mayor o menor grado de atención, compromiso, participación. Por ejemplo, tocar un instrumento musical por placer es un ocio más activo que escuchar la música en un Mp3; jugar un partido de fútbol con los amigos, es más activo que ir al estadio, y esto último, más que verlo en el sofá de casa.

Otra tipología básica sería la que distingue actividades que se realizan en compañía de otras personas y que refuerzan **lazos sociales** y personales y actividades que se realizan en solitario o rodeado de gente con la que apenas se interacciona. Estas últimas en crecimiento.

Según el **objetivo perseguido** por quien practica la actividad de ocio, nos sirve la clasificación de Kabanoff (1982):

- Actividades que buscan el descanso y la relajación de cuerpo y/o mente (balneario, ir al campo o la playa...).
- Actividades que se realizan para mantener una buena forma física y estado saludable (yoga, danza, gimnasia, deportes...).
- Actividades que refuerzan vínculos con miembros de la familia (visitas, reuniones, pasar vacaciones juntos...).
- Actividades para relacionarnos y disfrutar de la compañía de otras personas (salir con los amigos, planificar actividades juntos...).
- Actividades para el uso o desarrollo de habilidades (practicar un idioma, modalismo, bricolage, tocar un instrumento musical....)

- Actividades que para huir de la rutina (ir a un concierto, a un parque temático, a un espectáculo deportivo...).
- Actividades para experimentar nuevas experiencias (viajar, casi cualquier cosa que se haga por probar).
- Actividades para explorar nuevos límites (puenting, escalada,...).
- Actividades significativas desde un punto de vista personal (participar en proyectos cooperativos, actividades religiosas...).
- Actividades donde encontramos reconocimiento social (colaborar con ongs, proyectos de barrio, actividades en las que destaquemos y sean socialmente estimadas).
- Actividades para ostentar poder y liderazgo (participar en la dirección y/o representación de asociaciones o proyectos).

Una misma actividad puede incluirse en diversas categorías de la lista de Kabanoff.

3.- LAS FUNCIONES DEL OCIO EN LA SOCIEDAD MODERNA

Antes de dar paso a la enumeración de las funciones del ocio, es conveniente aclarar la diferencia entre “función” y “motivación” tal como explicó en su momento MERTON (1984: 97): “El concepto de función implica el punto de vista del observador, no necesariamente el del participante. La expresión función social se refiere a consecuencias objetivas observables, y no a disposiciones subjetivas (propósitos, motivos, finalidades). Y el no distinguir entre las consecuencias sociológicas objetivas y las disposiciones subjetivas lleva inevitablemente a confusión en el análisis funcional”. Es decir, los motivos son las explicaciones que damos sobre nuestra conducta, mientras que las funciones son los efectos o consecuencias de esa conducta. En ocasiones, motivos y funciones coinciden, pero en otras ocasiones no lo hacen. Por otro lado, motivos y funciones no son en absoluto excluyentes.

Álvarez Sousa nos ilustra con un ejemplo sobre un tipo de ocio, el turístico:

es evidente que un turista puede estar motivado por realizarse culturalmente, al mismo tiempo que con ello cumple una función simbólica –demuestra ante los demás su capital económico y cultural- y al mismo tiempo, estar alienado por la sociedad de consumo que le impone realizar tal viaje para no quedarse marginado dentro de su propio grupo social (1994: 80).

3.1 EL OCIO COMO DESCANSO

“Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas” (Art. 24 de la Declaración de los Derechos Humanos, de 10 de diciembre de 1948).

El ocio

libra de la fatiga. En este sentido, el ocio es reparador de los deterioros físicos o nerviosos provocados por las tensiones consecutivas al ejercicio de las obligaciones y particularmente del trabajo. A pesar del aligeramiento de las tareas físicas, el ritmo de la productividad, la complejidad de las relaciones industriales, la longitud de los trayectos del lugar de trabajo al lugar de residencia en las grandes ciudades, etc., crean una necesidad aumentada de silencio, de reposo de no hacer nada, de relajación (Dumadezier, 1975: 303).

3.2 EL OCIO COMO PLACER Y DIVERSIÓN

Si el descanso libera de la fatiga, la diversión libera del tedio, del aburrimiento. Por regla general, cualquiera de las otras funciones incluye además esta.

3.3 EL OCIO COMO EVASIÓN

El ocio supone el distanciamiento y el olvido, al menos momentáneo, de todo aquello que nos abruma. No es ya el cansancio, ni es el aburrimiento, sino la distracción de un mundo de deberes o problemas.

MILLS presenta el ocio como liberación y evasión de un mundo de trabajo donde uno tiene que guardar la compostura, estar serio, esforzarse, cumplir reglamentos...un mundo que nos aliena y que nos hace buscar fuera de él cosas que nos importen y nos hagan olvidarlo. Aunque Mills se centre en el trabajo, también tenemos otras ocupaciones, deberes o circunstancias que nos pueden llegar a asfixiar y de los que, de vez en cuando, queremos distanciarnos, como puede ser la convivencia con familiares, el cuidado del hogar, el mundo ajetreado de la gran ciudad...

KRIPPENDORF, por su parte, nos ofrece el siguiente planteamiento: Dentro del sistema de la sociedad urbano – industrial de la que formamos parte hay cuatro subsistemas: “la sociedad y su escala de valores (subsistema socio-cultural), la economía y su estructura (subsistema económico-social), el medio ambiente y sus recursos (subsistema ecológico) y el Estado y su política (subsistema político). Las características de estos subsistemas condicionan nuestros comportamientos. Así por ejemplo, una economía capitalista lleva a la competitividad y el individualismo. Krippendorf distingue dos esferas en nuestras vidas: la de lo cotidiano y la de lo contra-cotidiano. Lo cotidiano lo compone todo aquello que hacemos con normalidad: trabajo, hábitat, incluso parte de nuestro ocio. De vez en cuando logramos salir de lo cotidiano. La forma por excelencia de escapar y llegar a lo contra-cotidiano es a través del viaje turístico.

3.4 EL OCIO COMO LUGAR DE COMUNICACIÓN

“...se puede decir que la principal característica del siglo veinte es la de las rápidas y variadas transformaciones. Transformaciones en el campo demográfico (aumento acelerado de la población, sobre todo en algunos países), en la ciencia y en la técnica, en la enseñanza y en la educación, en los medios de comunicación de masas, en la difusión de un estilo de vida urbano, en la

cantidad y en la forma de pasar el tiempo libre, en la cultura, en las costumbres y en la religión, en la movilidad eterna, en la política y en muchos campos (Przeclawski, 1984: 68).

Todos estos cambios, la mayoría para nosotros asociados al progreso, no han significado una mejor satisfacción en las necesidades afectivas de las personas, ni tampoco en el nivel de felicidad en el que nosotros mismos manifestamos. Las actividades de ocio pueden realizarse simplemente como forma de entrar en contacto con otras personas y satisfacer nuestras necesidades de comunicación que tenemos como seres sociales que somos. PRZECLAWSKI estudia esta función en el turismo: individuos y grupos se unen para viajar juntos o coinciden en el camino, hasta tal punto, que para ciertos turistas, el objetivo de una visita se ha convertido en la excusa, siendo su verdadera función la comunicación durante el viaje.

En momentos de la vida en la que nos podemos encontrar solos, como cuando se rompe la pareja o los hijos abandonan ya el hogar materno, se suele recurrir efectivamente a tipos de ocio con el objetivo principal de entrar en contacto con personas. Las tareas concretas que hagamos –manualidades, deporte, teatro, etc.- importan menos que el encontrar un grupo en el que nos sintamos cómodos.

3.5 EL OCIO PARA LA REPRESENTACIÓN DEL ESTATUS SOCIAL

A finales del siglo XIX T. VEBLEN formula una teoría del ocio en relación con la estructura social de su tiempo, siendo el primer sociólogo que hace tal cosa. Para Veblen, el sistema asocial es asimétrico (se basa en una relación desigual entre las clases sociales) y corrupto (está anclado en el principio motivacional de la envidia generalizada).

El instinto de conservación, la pasión por la envidia y la propensión a la emulación resultan, para este autor, los tres motivos socio-psicológicos más fuertes. “Para ganar y conservar la estima de los hombres no basta con poseer riqueza y poder. La riqueza o el poder tienen que ser puestos de manifiesto, porque la estima sólo se otorga ante su evidencia” (Veblen, 1971: 45). Esto se consigue a través del ocio ya que “a los ojos de los hombres civilizados, la vida de ociosidad es bella y ennoblecedora en sí misma y en sus consecuencias” (Ibidem, 46). “Parte Veblen de que a lo largo de toda la historia, salvo en lo que el llama los estadios culturales más bajos existe una clase que intenta aparentar ante los demás su situación social, siendo una de las aspiraciones constantes el estar libre de todo tipo de trabajo servil (Álvarez, 1994: 73). “Tanto es así que hay muy pocos miembros de la clase más elevada que no tengan una repugnancia instintiva por las formas vulgares de trabajo (Veblen, 1971: 45).

Esto es, según este autor, alcanzamos y mantenemos nuestro estatus social a través del ocio y del consumo ostentoso. El consumo ostentoso es la práctica que consiste en rodearse de objetos que no son ni funcionales, ni útiles, pero que son caros y difíciles de obtener, con lo cual está mostrando la propia capacidad económica para adquirirlo. El consumo ostentoso afecta a todas las clases sociales. De hecho, los menos favorecidos pueden sufrir privaciones de lo necesario para

mostrar una proporción de consumo derrochador. Sin embargo, es la clase con más recursos en donde mejor se expresa. Veblen estudia a los nuevos ricos americanos, imitadores de la aristocracia europea como paradigma del consumo ostentoso de su tiempo (últimos años del siglo XIX).

Este controvertido profesor americano, proponía tres estrategias contra la nueva clase capitalista:

- Señalar la vulgaridad de lo considerado excelso, pasando lo considerado culturalmente más desarrollado, por un análisis antropológico.
- Representar al capitalista moderno como un depredador que cosecha donde no ha sembrado.
- Denunciar el papel antisocial y anticomunitario de los ostentosos nuevos ricos (Callejo, 1990: 42 y 43).

Veblen no es el único que mantiene la función del consumo y del ocio como demostración del estatus social. Un sociólogo actual como BAUDRILLARD explica como la carrera hacia el consumo opera bajo el impulso de la competición entre las clases: el estatus es lo que impulsa a la renovación constante de los objetos –lo que mueve realmente al consumo-. Aunque, la ideología hedonista que sustenta el consumo es la coartada de dicha carrera –lo que aparentemente mueve al consumo-.

3.6 EL OCIO PARA EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD Y LA CREATIVIDAD

Según Roger SUE, “si bien es aceptable la concepción de Veblen para interpretar la realidad de otras épocas históricas, en la actualidad hay que relativizar dicha función. Para Sue, el ocio, más que una forma de manifestar las diferencias sociales, se convierte en una forma de romper con el conformismo del propio medio social. El ocio facilita la expresión de la propia personalidad, de nuestros deseos y gustos. La elección del ocio, según este profesor de la Universidad de París, no se basaría tanto en la determinación de la posición social, como en cierta libertad de elección personal.

3.7 EL OCIO PARA LA DEMOSTRACIÓN DE LA PERSONALIDAD

El ocio no sólo serviría para ayudarnos en nuestro desarrollo personal, en la búsqueda de nuestra propia singularidad. También tendría la función de mostrar nuestra propia forma de ser y personalidad a los demás. En una sociedad cada vez más compleja en la que los demás nos conocen or unos pocos signos externos, - como nuestra apariencia o nuestros hobbies-, el ocio como todos los consumos que son muy visibles (los que no se realizan en la intimidad), es una forma privilegiada para mostrar nuestra personalidad única. Esto sólo ha sido posible en una sociedad donde se reconoce la autonomía y la libertad de las personas, permitiendo un consumo individualista y hedonista (no era posible en sociedades donde los momentos de ocio eran colectivos y los papeles que en esas actividades se desempeñaban estaban previamente establecidos).

3.8 EL OCIO COMO SECTOR ECONÓMICO

A lo largo de la historia, el ocio no siempre se ha considerado como una fuente de desarrollo económico. En los inicios del capitalismo, donde eran necesarias grandes inversiones, el consumo en ocio no resultaba funcional. La concepción del ocio como algo pernicioso, propia de la ética puritana calvinista favoreció el ahorro necesario para la posterior inversión.

Esta contención duró poco. Llegó un momento en el que el ocio se convierte incluso en un importante motor de la economía al equivaler el tiempo libre a consumo. Teorías económicas como la de KEYNES, señalan la necesidad de que las masas no sean sólo trabajadoras, sino también consumidoras para que el sistema funcione.

El sistema económico se encarga de alimentar nuestras necesidades y promover los consumos de todo tipo, también los del ocio. Para Baudrillard (1979: 79 y 80), las necesidades son una

función inducida en los individuos por la lógica interna del sistema, más exactamente, no como fuerza consumativa liberadora por la sociedad de abundancia, sino como fuerza productiva requerida por el funcionamiento del propio sistema, por su proceso de reproducción y de supervivencia. Dicho de otro modo: no hay necesidades sino porque el sistema las necesita.

Para GALBRAITH, el consumo es una ideología creada por la oferta privada.

3.9 EL OCIO COMO AMENAZA SOCIAL

En los años veinte del siglo XIX, los científicos sociales y los psicólogos estadounidenses no dejaban de publicar artículos y libros acerca del nuevo ocio y de la forma de administrarlo para que no se volviera peligroso. En el inconsciente colectivo funcionó y aún funciona, lo siguiente: las horas sin trabajo pueden ser germen de todo tipo de perversión, sobre todo si esas horas son dispuestas por la clases menos favorecidas (Cristoff, 2001).

El ocio puede resultar una amenaza para el orden social, en tanto en cuanto resulta un tiempo para el desarrollo de ideas y acciones en su contra. E igualmente, puede ser contemplado como una amenaza para el individuo si éste no sabe utilizarlo. En este sentido, cada vez es mayor la atención que se presta a la educación para el consumo y el ocio desde distintos niveles educativos y distintas administraciones.

Si un ocio mal gestionado puede ser una amenaza, la falta de ocio aún puede serlo más. La importancia de tener tiempo libre y ocuparlo en actividades que nos ayuden tiene un carácter preventivo frente a la depresión, la soledad, el aislamiento, las enfermedades por sedentarismo y, en general, frente a la infelicidad...

3.10 EL OCIO COMO FORMA DE EXPRESIÓN DE FUERTES SENTIMIENTOS Y TENSIONES

Norbert ELIAS Y Eric DURNINING critican la sociedad actual que nos proporciona un ocio que si bien puede considerarse como esfera donde se corta con el formalismo, sigue siendo elemento de control de las personas por el poder. En las sociedades desarrolladas, las normas sociales impiden las manifestaciones públicas de las emociones fuertes. En nuestra sociedad, las personas que se dejan llevar abiertamente por una gran excitación, es probable que sean etiquetados como mentalmente no sanos o como delincuentes.

Sólo los niños brincan al aire y bailan de emoción, sólo a ellos no se les acusa inmediatamente de incontrolados o anormales si gritan o lloran desgarradamente en publico por alguna aflicción repentina, si se aterran con un miedo desenfrenado o muerden y golpean con los puños al enemigo cuando se enfurecen (Álvarez, 1994: 68).

Pasar de la niñez a la vida adulta implica contener las emociones y controlar nuestras respuestas. Cuando somos mayores, el único reducto que queda en las sociedades industriales avanzadas para expresar en público las emociones son ciertas actividades recreativas. Dada la ausencia de un término sociológico preciso para esta clase de actividades donde uno puede desinhibirse, se ha denominado miméticas. En todas las sociedades se han presentado dichas actividades, pero en las industriales avanzadas se presentan en sumo grado.

Por medio de los acontecimientos recreativos, en particular de la clase mimética, nuestra sociedad cubre la necesidad de experimentar el desbordamiento de las emociones fuertes e publico –proporcionando una liberación que no perturba ni pone en peligro el relativo orden de la vida social, cosa que sí podría hacer una auténtica tensión emocional de tipo serio (Elias y Dunning, 1992: 195).

Ni que decir tiene que el fútbol es en la actualidad en Europa el espectáculo mimético por excelencia.

3.12 EL OCIO COMO ALIENACIÓN

Según ADORNO, mediante el ocio, -y sobre todo mediante el viaje turístico, paradigma del ocio moderno-, los hombres creen escaparse de la rutina de la sociedad, para entrar en el terreno de lo creativo cuando en realidad no lo logran. Adorno distingue pues entre la motivación del ocio, escapar, y la función, alienar, siendo “escapar”, como hemos visto en el epígrafe 3.3, también considerada una función.

El estar privados durante generaciones de tiempo libre y posibilidad de expresión y creatividad, unido ala falta de formación crítico-cultural, hace que las masas no sepan disfrutarlo. El resultado es que en el tiempo libre la gente se dedica a consumir lo que les propone una cultura, que paradójicamente podemos denominar del “negocio del ocio” (Álvarez, 1994, citando a Adorno).

Para MARCUSE:

El hombre es cada vez menos útil al sistema en cuanto productor y pasa a ser más útil en tanto que consumidor. Los mass media se encargan de crear unas necesidades que alienan al hombre. En la sociedad actual las personas no pueden escaparse a los vicios del sistema, asumiendo las antiguas reivindicaciones de los obreros, les priva de la palabra y de la posible negatividad, produciéndose una sociedad unidimensional, donde el trabajador no tiene nada que hacer más que someterse a los intereses del sistema.

Los individuos ya no venden sólo su trabajo, sino que en la sociedad de consumo también venden el tiempo libre. Condicionados por los mass media se produce una nivelación de los gustos en el ocio, con lo que se lleva a cabo una ideología de igualación de clases, cuando en el fondo se esconde una relación de opresión mediante la participación de las clases dominadas en el juego que permite el mantenimiento de las clases dominantes (Álvarez, 1994: 59 y 62).

Para Eric FROM:

La cultura de nuestra sociedad inculca una necesidad de comprar y consumir como finalidad que en el fondo es puramente irracional. Las necesidades son producto de una cultura, que interioriza el hombre, el cual en la sociedad actual está sometido a una estructura que le crea unas necesidades de consumo que lejos de conducir a su liberación conducen a su alienación (Álvarez, 1994: 60).

En el mismo sentido se expresa GALBRAITH cuando dice que “más allá de las necesidades absolutas es la oferta apoyada por las fuerzas de la publicidad y la emulación, la que crea la demanda de necesidades relativas por lo que no es posible la libre elección del consumidor” (Soldevilla, 10).

Para otros autores de orientación marxista, la industria construye interesadamente una percepción social del consumo y del ocio, dando lugar a una cultura de masas homogénea, alienada y sumisa a los dictados de la oferta.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

ÁLVAREZ SOUSA, A. (1994). El ocio turístico en las sociedades industriales avanzadas. Barcelona. Bosch.

GIL CALVO, E. (1995). “Elogio del ocio”. Temas para el debate, 9 -10, Madrid. Ed. Sistema.

RUL-LÁN BUADES, G. (1997). “Del ocio al negocio... y otra vez al ocio”. Papers, nº 53 (pp. 171-193). En línea en octubre de 2005 en <http://bib.uab.es/pub/papers/02102862n53p171.pdf>

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

ANDERSON, E. (s.d.) "El hedonismo y la vida feliz. La teoría epicúrea del placer" [En línea en octubre de 2005 en <http://atomic-swerve.net/jardin/hedonismo.html>]

BAUDRILLARD, J. (1979). Crítica a la Economía Política del Signo. México. Siglo XXI.

BERGUER, P. L. (1989). La revolución capitalista. Barcelona. Península.

CALLEJO GALLEGOS, J. (1990). "El consumo como barbarie o la visión pequeño burguesa del consumo. Estudios sobre consumo, nº 50. Madrid. Ministerio de Sanidad y Consumo.

CRISTOFF, M. S. (2001). "La historia del ocio". [En línea octubre de 2005 en <http://terra.com.ar/canales/latido/fiaca>]

DUZADEZIER, J. (1975). "Ocio". Enciclopedia Internacional de la Ciencias Sociales. Tomo 7. Madrid. Aguilar.

ELIAS, N. y DUNNING, E. (1992). Deporte y ocio en el proceso de civilización. Madrid. Fondo de Cultura Económica.

GONZÁLEZ SEARA, L. (1968). Opinión pública y comunicación de masas. Ariel.

KRIPPENDORF, J. (1989). Sociologia do turismo: Para uma nova compreensão do lazer e das viagens. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

LAFARGUE, P. (1983). La organización del trabajo (1872). El derecho a la pereza (1883). La religión del capital (1886). Barcelona. Fundamentos.

MERTON, R. (1984). Teoría y estructura sociales. México. Fondo de Cultura Económica.

MILLS, C.W. (1973). White – collar. Las clases medias en Norteamérica. Madrid. Aguilar.

MORO, T. (1985). Utopía. Barcelona. Orbis.

PRZECLAWSKI, K. (1984). "El turismo en el mundo contemporáneo". Estudios turísticos, nº 82. Madrid, (pp. 67-78).

SOLDEVILLA, C. (2001). "Triálogo: Aproximaciones Teóricas a la Sociología del Consumo". Cuadernos de Realidades Sociales, nºs 57 y 58 y en Revista Vivat Academia nº 37 [En línea en 2003 en <http://www2.uah.es/vivatacademia/anteriores/n32/sociedad.htm>]

VEBLEN, T. (1971). Teoría de la clase ociosa. México. Fondo de Cultura Económica.

WEBER, M. (1979). La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Barcelona. Península.

También se puede encontrar en línea en
<http://es.geocities.com/sucellus23/weber1.htm>